

ANALOGIA DEL METODO EN LA FILOSOFIA TOMISTA

Parece obvio que, si bien al andar se hace camino, mejor se anda por el camino bien hecho. Investigando, aprendiendo y enseñando, que son los andares científicos, se adquiere el hábito de ciencia, que capacita para discurrir con prontitud, facilidad y placer (“prompte, faciliter et delectabiliter”). La reflexión sobre el procedimiento más efectivo al respecto ha dado y sigue dando origen a los tratados sobre el *método*. Quien más veces y mejor ha investigado, aprendido o enseñado, en el orden de conocimiento que sea, será quien mejor podrá disertar sobre el método para orientar a los incipientes. Quien está de vuelta, por la reflexión, es quien puede orientar; el que comienza conviene que se deje orientar, “nam discentem credere oportet”, decía Aristóteles. (*Elen.* cap. 2, n. 2, I, 277, 26: *δει γαρ πιστευειν τον μανθανοντα.*)

Pero no sólo la experiencia, propia o ajena, es fuente de orientación metodológica. El filósofo (la cuestión de método es cuestión eminentemente filosófica) cuenta, además, o ante todo, con el *a priori* de la naturaleza del saber, más o menos detectada en su enorme complejidad, de la que puede partir para señalar las leyes del *fieri* científico correcto; es decir, las *propiedades* de la ciencia en su génesis y comunicación, que es lo que constituye la metodología científica.

Siendo la ciencia, o filosofía, una realidad *análoga*, su modo de ser genético y comunicativo propio, su método, ha de ser también análogo; es decir, en parte semejante y en mayor parte diferente. Ni en ciencias naturales se podrá proceder “more geométrico”; ni en ética matemáticamente, ni en metafísica históricamente (a no ser por accidencia, cuando se quiera someter la historia a juicio metafísico o cuando se haga historia de la metafísica); ni en historia metafísicamente, ni en teología antropológicamente. Así como cada naturaleza específica se comporta en su devenir perfectivo según leyes propias, así cada ciencia se adquiere y comunica según su propio método. “Pec-

cant qui uniformiter in his tribus speculativae partibus procedere nituntur". (S. Tomás, *In Boetium De Trinitate*, q. 6, a. 2.) De ahí la oportunidad de trazar al principio de cada ciencia las líneas metodológicas propias: "Ante scientiam oportet inquirere modum sciendi". (*Ibidem*, c. 2, expositio textus.)

La variabilidad analógica del método científico está en función de estos tres factores esenciales del discurrir humano: inteligencia humana (= causa activa y sujeto del hábito científico a adquirir), específicamente idéntica en todos los hombres, aunque con diferenciaciones individuales profundas; el objeto formal del conocimiento, específicamente múltiple; y el discípulo, cuando se trata de enseñanza.

La cuestión metodológica es, pues, cuestión de correlación sujeto-objeto. Es el sujeto *quien* investiga, aprende o enseña, y su conocer o enseñar es sobre *algo* y a *alguien*.

A) Siendo el sujeto humano, docente y discente, investigador, profesor y alumno, de igual condición específica, los principios metodológicos desde esta perspectiva han de ser específicamente idénticos. No existe una inteligencia específicamente metafísica, otra específicamente matemática, otra naturalista, moralista o empirista, ni en la misma persona ni en personas distintas. Sí existen marcadas individualidades de mayor aptitud o mayor capacitación para determinadas especialidades. De ahí que una misma persona pueda ser integralmente experta en metafísica, en física, en matemática, en ética, en historia, etc., no obstante su preferencia por un orden de conocimientos.

En razón de la unidad específica, unívoca, de la inteligencia humana, el método científico humano en cuanto tal ha de cumplir unívocamente unas condiciones comunes, cuales son: sensitivo-intelectual, inductivo-deductivo, analítico-sintético, compositivo - explicativo, racional - intelectual, especulativo - práctico. Todo ello, y en el orden señalado en estos binomios, en razón del carácter humano y evolutivo de nuestra inteligencia, que se alimenta originariamente de sensaciones, evoluciones perfectamente con tendencia espontánea a la racionalización y a juicios universales hasta la visión intelectual de los conjuntos, con conciencia de todas las implicaciones causales (contemplación del orden) y con proyecciones de creatividad y comunicación intelectual con los demás humanos.

El sujeto discente o alumno opera con las mismas leyes específicas que el maestro, puesto que aspira a reproducir en sí los conocimientos de éste y el modo de adquirirlos. La diferencia es la que existe entre el dar y el recibir una misma cosa, teniendo en cuenta que el alumno, más que sujeto receptor, es sujeto activo de sus conocimientos; el maestro es un sugeridor extrínseco de los conocimientos que ordenadamente ha de engendrar y re-

tener personalmente la inteligencia del alumno. Mejor que la correlación dar-recibir, enseñanza activa - enseñanza pasiva, sería la de caminante guía - caminante inexperto la que expresase la correlación docencia - discencia.

Estas leyes metodológicas específicamente humanas, en razón del sujeto de ciencia, han de salvarse y coexistir con las modalidades individuales infraespecíficas preferenciales. Hay diversos tipos gnoseológicos, que subjetivamente encarnarán de diverso modo, con diversos acentos, las leyes del aprendizaje humano. Comentando a Aristóteles, Santo Tomás describió así estas mentalidades: "*Unos* no entienden lo que se les dice si no se les dice de *modo matemático*. Y esto se debe a la costumbre de su educación matemática. Y como la costumbre es semejante a la naturaleza, también a otros les ocurre eso mismo por indisposición, que son aquellos que son de fuerte imaginación y entendimiento poco elevado.

"*Otros* no aceptan recibir nada si no es a base de *ejemplo sensible*, bien sea por costumbre, bien sea por predominio de la parte sensitiva y debilidad de entendimiento.

"*Otros* hay que no dan crédito a nada si no se corrobora con el testimonio de poeta o de otro autor. Y esto se debe igualmente o a la costumbre o a defecto de juicio personal: no pueden juzgar por sí mismos de la certeza de las razones, y al desconfiar de su juicio buscan el juicio de algún otro conocido.

"También hay *algunos* que quieren que todo se les diga *certitudinalmente*; esto es, con razones bien manifiestas. Lo cual acusa perfección de entendimiento en el juicio e indagación de las razones, con tal que no se busque certeza donde no lo permite la materia.

"A *otros*, en cambio, les *fastidia* que se apure la discusión hasta llegar a la certeza. Y esto puede ocurrir por dos causas: primera, por *incapacidad* para entender. Son mentalmente débiles y no pueden seguir un razonamiento complejo. Segunda, por considerarlo *micrología*; esto es, minuciosidad en el cómputo de las cosas. Hay algo de esto cuando no se quiere dejar nada sin probar hasta las cosas mínimas." (*In II Metaphysicorum*, lect. 5, n. 334.)

Estas individualidades, temperamentales o adquiridas, merecen tenerse en cuenta en las orientaciones vocacionales y en el trato pedagógico con el individuo, pero no pueden condicionar el método específico de cada ciencia.

B) La constitución y diversidad específica del método nace de la confrontación de la inteligencia, unívocamente indiferenciada pero capaz de actuaciones específicamente múltiples, con el objeto formal de conocimiento científico, esencialmente múltiple.

El resultado de la conjunción vital, intrínseca, del sujeto y el objeto de ciencia en el conocer (que es la unión más profunda de orden creado, mayor que la de alma y cuerpo, en la gnoseología aristotélico-tomista) será el saber científico y, consiguientemente, el hábito científico, que entrañará el carácter esencial común de saber humano y el carácter esencial específico del objeto formal de tal ciencia: resultado hereditario del sujeto concipiente y del objeto fecundante.

En el pensamiento tomista la diferencia específica de objetos formales, causa propia de la constitución intrínseca y diferenciación de los saberes y, consiguientemente, de las ciencias, y, por tanto, de sus propios métodos, está en los *diversos grados irreductibles de inmaterialidad*, que son, por eso mismo, diversos grados de necesidad e inteligibilidad científica. No se trata de diversos *a priori* subjetivos, o categorías mentales, sino de diversos *a priori* objetivos: grados de abstrahibilidad gnoseológica de las cosas, formalidad de ser, formalidad de medida, de vitalidad, de moralidad, de devenir comprobable, etc., que adquieren en el proceso de subjetivación noética, que es el proceso complejo de *abstracción total y formal*, condición mental de ideas y principios específicos correspondientes, que van a ser no solamente los principios reguladores del discurrir científico, sino también principios eficientes de las demostraciones, explicaciones, ejemplificaciones y aplicaciones en los correspondientes órdenes del saber. De este modo, el proceso objeto sentido-idea abstracta-juicio-objeto entendido-imagen explicativa-aplicación creadora-palabra magisterial da razón de ser tanto al realismo y eficacia del saber científico como al valor humano del mismo: inmanente, pero con vinculación transcendental y específica con el objeto; personal, pero comunicable magisterialmente.

Estas ideas y principios mentales del discurrir científico se adquieren, consolidan y evolucionan luego racionalmente en los procesos demostrativos y explicativos de modo esencialmente distinto según la especificidad del objeto formal científico: no se adquieren y aplican demostrativamente del mismo modo las ideas y principios metafísicos, las ideas y principios matemáticos, las ideas y principios de ciencia de la naturaleza, las ideas y principios morales, las ideas y principios históricos, las ideas y principios teológicos, las ideas y principios de las ciencias medias y subalternadas. Los factores experiencia originaria, necesidad causal, verificabilidad experimental, analogía demostrativa, analogía explicativa, expresión rigurosamente científica o expresión metafórica para-científica, no se pueden conjugar unívocamente en las diversas ciencias; la conmutación o las interferencias han de perjudicar necesariamente a los resultados de las ciencias y al mismo aprendizaje. Por ejemplo, las constantes históricas no se podrán establecer con criterios metafísicos; una

estadística sociológica no se podrá tomar como criterio para una valoración ideológica, y menos si es teológica; las analogías metafísicas no se podrán entender como las proporciones matemáticas, pues “rationes mathematicorum sunt rerum imaginabilium, sapientialia autem sunt pure intelligibilia” (*In VI Ethic.*, lec. 7, n. 210); a base de metáforas no se demuestra nada: “Dicere enim aliquid per metaphoras pertinet a poetas..., sed tamen sic aliquid dicere non sufficiet ad cognoscendam naturam rei” (*In II Meteorologicorum*, lec. 5, n. 167), las tesis arduas, difícilmente inteligibles, no se pueden comprobar sensiblemente sin falsificarlas; las estimaciones de una masa desmoralizada no pueden tomarse como criterios de ética natural; un sistema filosófico no bautizable no puede integrarse en una “ratio theologica”.

En breves términos tomistas: “Quaelibet scientia habet sua principia” (*In I Post.*, lec. 13, n. 9); “modus scientiae debet respondere materiae” (*In Boetium De Trinitate*, q. 6, a. 1); “debet inquiri secundum conditionem materiae” (*In I Sent.*, Prol., a. 5); “modus manifestandi veritatem in qualibet scientia debet esse conveniens ei quod subicitur sicut materia in illa scientia” (*In I Ethic.*, lec. 3, n. 32).

VICTORINO RODRIGUEZ, O. P.